Nave 10 Matadero
Madrid

La Zentralita

24/11/2026
Asier Albertos

# LA FORMA HUMANA: el cuerpo como último refugio de lo inexplicable

Una caricia, un mordisco, un pensamiento que se enrosca, un cuerpo que busca salir de sí mismo, mutar de alguna manera para volver en si. Pablo Messiez convierte lo cotidiano en un territorio extraño donde el amor, el sexo y la existencia se rozan hasta perder sus propios límites.

Hay algo que me resulta demasiado intrigante en la rareza que propone Pablo Messiez en sus piezas. Una rareza que no busca explicarse, que no necesita resolverse y que lo inexplicable acaba por transformarse en una de sus mayores virtudes. *La forma humana* es una invitación a escuchar y, sobre todo, a dejarse atravesar por aquello que no siempre sabemos nombrar pero que nos mueve en la butaca.

Desde un espacio prácticamente vacío, la escena se convierte en una invitación al ritual. Un territorio desnudo que no impone lectura, sino que abre posibilidades. El vacío deja de ser ausencia para convertirse en lugar de encuentro, en un espacio disponible para que los cuerpos lo habiten, lo transformen y lo llenen de significado. La disposición del público en tres bandas termina de construir esa experiencia inmersiva, desdibujando la distancia convencional entre quien observa y quien sucede, donde los actores corren, gritan, se sientan entre los espectadores o dialogan cara a cara con ellos.

Las interpretaciones de Omar Ayuso, Cris Blanco, Rebeca Hernando y José Juan Rodríguez transitan por una histrionía que, lejos de alejarse de la verdad, parece conducir directamente hacia ella. Hay algo exagerado y extraño, incómodo en determinados gestos y comportamientos, pero todo está atravesado por una verdad absoluta. Una verdad que no necesita naturalismo para resultar reconocible. Los intérpretes se entregan física y emocionalmente a un universo donde cada movimiento parece contener una pregunta.

Y entre todas esas presencias, la de Rebeca Hernando merece una mención especial. Su interpretación es extraordinaria. Hay una presencia escénica que sostiene muros solo estando, una voz que atrapa y se revela de una manera magnética, una intención que nunca se diluye y una capacidad maravillosa para transitar entre registros sin perder la verdad del personaje. Su trabajo está lleno de matices, de precisión y de una escucha que se percibe incluso en los silencios. No necesita imponerse para ocupar el espacio: lo transforma desde dentro.

La luz acompaña la trama como un elemento dramatúrgico más. No se limita a iluminar los cuerpos, sino que parece respirar con ellos, abrir y cerrar estados o ventanas, sugerir atmósferas y modificar nuestra percepción de lo que estamos viendo. La música, por su parte, guía y, en ocasiones, rompe la escena por la mitad incluso de manera completamente cómica. Interrumpe aquello que parecía estar construyéndose para obligarnos a mirar desde otro lugar que no siempre acompaña.

El cuerpo es, sin duda, uno de los grandes protagonistas del montaje, como ya vimos en



obras anteriores de su director, quien parece querer profundizar cada vez más en lo que nos conforma (o no) como seres sociales. Hay una entrega física admirable, cuerpos poéticos que se exponen, se buscan y se reconocen. La fisicalidad no aparece como un adorno del texto o como algo que sale para suplir la falta de coherencia lineal, sino como una extensión de su pensamiento. La caricia adquiere una dimensión casi filosófica: tocar, ser tocado, acercarse al otro sin terminar de comprenderlo, huir o entrar en un estado catártico por lo que se ve o se siente. Las coreografías y la composición del movimiento construyen un lenguaje propio, donde el gesto puede decir aquello que la palabra no consigue abarcar, reconocimiento más que necesario para Elena Córdoba, quien firma incluso sin haber mirado previamente la ficha técnica del espectáculo.

Messiez vuelve a explorar esa melancolía de lo cotidiano que tan bien sabe convertir en materia teatral. Lo que sobrepensamos mientras no hacemos nada, las conversaciones que parecen no conducir a ninguna parte, las pequeñas obsesiones que alimentamos en silencio y todo aquello que evitamos etiquetar por miedo a limitarlo, a capar su esencia. Hay una resistencia a definir las cosas, como si nombrarlas demasiado pronto significara reducirlas.

El texto se mueve precisamente en esa dirección. Habla del sexo y del amor sin convertirlos en conceptos cerrados, sino como territorios de exploración, contradicción y pensamiento. Messiez filosofa sobre ellos desde lo concreto, cuerpo y necesidad, deseo y consecuencia. Hay algo tan humano y tan nuestro en la manera en que aborda la intimidad, sin moralizar ni ofrecer respuestas tranquilizadoras. Un montaje que emociona y excita, que despierta curiosidad y que, por momentos, también descoloca.

Incluso sus pasajes más escatológicos encuentran un lugar dentro de esa lógica, no parecen querer provocar por el simple hecho de hacerlo, ni rompen necesariamente el universo que se ha construido. Se integran en una concepción de lo humano donde el cuerpo no puede separarse de sus dimensiones más incómodas, materiales y vulnerables. ¿Incomodan? Quizá. Pero también obligan a preguntarnos por qué hay determinadas partes de nuestra existencia que preferimos mantener fuera de la representación.

La escucha entre los intérpretes es otro de los grandes aciertos. Existe una atención constante hacia el otro, una disponibilidad física que hace que las relaciones parezcan estar sucediendo realmente delante de nosotros. Todo es extraordinariamente táctil. La obra se toca, se acaricia, se aproxima y se distancia. Y en esa proximidad aparece una dimensión cotidiana que termina siendo abrumadora.

El texto, por su parte, tiene algo de espiral. Se enrosca sobre sí mismo, vuelve a las mismas preguntas, parece avanzar para regresar al punto de partida. Como si existiera una necesidad permanente de romper, escapar, encontrar una salida y, sin embargo, descubrir que seguimos habitando el mismo lugar. Esa insistencia no es un defecto: es parte de su naturaleza. El vestuario, limpio y sutil, acompaña sin distraer. Sitúa a los personajes y construye un contexto sin competir con lo verdaderamente importante: sus cuerpos. La propuesta estética entiende que no todo necesita subrayarse.

*La forma humana* es, en definitiva, una experiencia escénica que no pretende ordenar nuestras emociones ni ofrecernos una conclusión clara. Nos invita a convivir con la contradicción, cuestionando las formas heredadas de amar y relacionarnos y a aceptar que quizá no tengamos que comprenderlo todo para poder sentirlo.

Una obra extraña, melancólica, sensual y profundamente física. Un montaje que nos recuerda que hay cosas que, cuando intentamos definirlas demasiado, dejan de ser lo que eran.